

Árboles de judías

Barbara Kingsolver

Traductora: Pepa Devesa



Título original inglés: *The bean trees*

Primera edición: octubre de 2010

Diseño de colección y cubierta: Mariano Rolando Casalucci

Maquetación: Marquès, SL

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 1988, Barbara Kingsolver

© 2010, Pepa Devesa, por la traducción

© 2010, Mariano Rolando Casalucci, por el diseño y fotografía de cubierta

© 2010, La Galera, SAU Editorial, por esta edición

BRIDGE es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf

Mogoda 29-31, 08210 Barberà del Vallès

Depósito Legal: B-28.260-2010

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-2993-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Uno

La suerte de poder escapar

He tenido miedo a inflar neumáticos desde que vi cómo explotaba uno de tractor que envió disparado al padre de Newt Hardbine encima del cartel luminoso de Standard Oil. No digo mentira. Se quedó enganchado allí arriba. Se juntarían unas diecinueve personas en el rato que le llevó a Norman Strick ir al juzgado y dar el aviso al departamento de bomberos voluntarios. Al final llegaron con la escalera y lo bajaron como pudieron. Y no había muerto, pero se quedó sordo y, en otros muchos sentidos, ya nunca volvió a ser el mismo. Dijeron que había llenado demasiado el neumático.

Newt Hardbine no era amigo mío. Sólo era uno de aquellos grandullones que habían suspendido al menos una vez cada curso, así que prácticamente iba para los veinte cuando estaba en sexto, y se sentaba en la parte de atrás y me tiraba bolitas de papel mascado al pelo. Pero el día que vi a su padre allí arriba, como un pantalón de peto viejo tirado de cualquier forma sobre una valla, tuve como un presentimiento del tipo de vida que le esperaba a Newt, y me dio mucha

pena. Antes de ese preciso instante, creo que no había pensado mucho en el futuro.

Mi madre decía que los Hardbine tenían hijos casi al mismo ritmo con que se les caían al pozo y se ahogaban. Pero creo que eso no era totalmente cierto, porque abundaban mucho en el condado de Pittman y muchos sobrevivieron y hasta llegaron a adultos. Pero bueno, ésa era la idea general.

Que tampoco quiere decir que nosotras, mamá y yo, fuéramos mejores que los Hardbine ni que tuviéramos dónde caernos muertas. Cualquiera que nos viera a mí y a Newt, uno al lado del otro, en sexto, habría dicho que éramos hermanos. Y teniendo en cuenta lo poco que he sabido sobre mi padre, tampoco puedo decir que no lo fuéramos, aunque mamá juró y perjuró que mi padre no era nadie que yo conociera y que, además, ya hacía mucho que se había largado. Pero estábamos hechos de la misma pasta, supongo. Sólo dos pardiños más de rodillas sucias que peleaban con todas sus ganas y procuraban caer de cuatro patas. Vamos, que no podrías haber adivinado quién de los dos se quedaría en ese mismo sitio y quién tendría la suerte de escapar.

Todo el mundo me llamaba Missy, no porque ése fuera mi nombre, sino porque cuando tenía tres años, según dicen, me mantuve en mis trece y le dije a mi madre que no me llamara Marietta, sino Miss Marietta, porque yo tenía que llamar a todo el mundo, incluidos los niños de las casas donde ella trabajaba, señorita esto y señorito aquello. Y así lo hizo a partir de ese día: Miss Marietta y, más adelante, sólo Missy.

Lo que hay que entender es que ese tipo de cosas es muy típico de mamá. Cuando era sólo una renacuaja iba a pescar en el estanque algún domingo y traía a casa una maraña esmirriada de morralla y puede que alguna perca del tamaño del dedo pulgar, y viendo los aires de mamá se diría que había traído ese pescado tremendo del lago

Shep que siembre nombraban aquellos viejos que mascaban tabaco. «Así me gusta, que mi chica sea lista y se gane las habichuelas», decía, y cocinaba aquellas cosas y las servía como si fuera Acción de Gracias para nosotras dos solas.

A mí me encantaba pescar en los estanques con fondos llenos de barro. Más que nada porque ella se sentía orgullosa de cualquier cosa que yo sacaba de allí; pero también me gustaba quedarme allí sentada tranquilamente. Se podían oler las hojas pudriéndose en el barro frío y ver a los zapateros caminando sobre el agua, con sus patitas que dejaban las marcas en la superficie pero nunca se caían adentro. Y a veces también veías a los peces grandes, los que nadie pescaría nunca, resbalando bajo el agua como sueños de color marrón oscuro.

Para cuando llegué al instituto y conseguí mi primer trabajo y todas esas cosas, incluida la horrible historia de Newt Hardbine que estoy a punto de contar, él ya no estaba en la escuela, claro está. Estaba plantando tabaco con su padre, medio lisiado, y para entonces también le había creado problemas a una chica, así que se había casado. Ella era Jolene Shanks y sorprendió a todo el mundo, o al menos todo el mundo se hacía el sorprendido, pero él no sorprendió a nadie. Nadie esperaba más de un Hardbine.

Yo me quedé en la escuela. No es que fuera la más lista, ni que destacara especialmente, pero seguía allí, no me metía en líos y estaba decidida a acabar. Esto no quiere decir que no estuviera familiarizada con el asiento de atrás de un Chevrolet. Conocía el paisaje de la carretera de Greenup, a la que llamábamos «Cristales Empañados», y sabía cómo era una pilila, y ninguna de las dos visiones me había inspirado hasta el momento tanto como para ligar mi futuro a un plantador de tabaco. Mamá siempre decía que descalza y preñada no era mi estilo. Siempre lo supo.

Y con esta idea en la mente fue como llegué al último año de instituto sin ningún incidente. Te juro que en aquella época las chicas se

iban quedando en la cuneta igual que las semillas de amapola se caen de los bollos, y aprendías a ver cada día como un premio. Habías llegado hasta allí. En el último año puede que hubiera dos chicos por cada una de nosotras, y cuando llegó aquel profesor de ciencias que se llamaba Hughes Walter estábamos convencidas de que él era nuestra recompensa especial.

¡Ay, él! Entró arrasando, como un Paul McCartney rubio, y se sentó en la mesa con los tejanos ceñidos y las mangas de la camisa, muy limpia, arremangadas sólo un poco, con el puño hacia adentro. A su lado, nuestros chicos de campo parecían los calcetines viejos que otras madres le daban a mamá, llenos de zurcidos y remiendos. Hughes Walter no era un muchacho de Kentucky, no. Era de otro estado, de una de esas ciudades universitarias del norte. La gente pensaba que quizá por eso llevaba el apellido antes que el nombre.

No es que estuviera coladita por él, al menos no más que lo típico del momento, cosa que se veía claramente en las paredes del aseo de chicas. Se podría pintar todo un establo con el pintalabios que se invirtió en cosas como «embelesada por H. W. para siempre». Para mí no era exactamente eso. Pero él cambió mi vida, de eso no hay duda.

Y lo hizo porque me buscó un trabajo. Yo nunca había hecho nada para ganarme la vida, fuera de ayudar a mamá en las casas donde limpiaba. O de quitarle los bichos a las matas de judías de alguien, a penique por bicho. Pero éste era un trabajo de verdad en el hospital del condado de Pittman, que era uno de los lugares más importantes y más limpios en cosa de cien kilómetros a la redonda. El señor Walter tenía una esposa, Lynda, cuya existencia ignoraba al menos el sector femenino del instituto, pero que a pesar de eso estaba vivita y coleando y era de hecho una de las enfermeras jefas. Le preguntó a Hughes Walter si había en sus clases alguien que pudiera hacer trabajillos allí después de las clases y los sábados, y que quizás tras la graduación se

podiera quedar trabajando a jornada completa, y él nos pasó la pregunta así, tal cual.

Lo normal era pensar que elegiría a una de las *Candy Stripers*, las chicas del pueblo con dinero para los uniformes de enfermera voluntaria de rayas rosa y blanco que los sábados se pasearían orgullosas con las cuñas de orina, como si les hubieran encargado transportar la sustancia más sagrada de este mundo del Señor. También parecía obvio que podía elegir a Earl Wickentot, que era capaz de diseccionar una lombriz sin inmutarse. Eso le dije a mamá en el porche trasero. Mamá, con su delantal de pechera, sentada en la silla de caña del porche, y yo en el taburete, ambas desgranando guisantes sobre un periódico.

—Qué Earl Wickentot ni qué ocho cuartos —contestó mamá—. Nena, yo te he visto comerte un gusano entero cuanto tenías cinco años. Ella no es mejor que tú, ni ninguna de esas *Candy Stripers* tampoco. —Aun así, yo creía que iba a elegir a alguna de ellas, y se lo dije.

Se fue al borde del porche y sacudió un puñado de vainas de guisantes sobre el parterre de flores. Eran margaritas y cosmos de color tamal. A las dos nos iban los colores vivos; era cosa de familia. En la escuela estaba chupado distinguirme entre una fila de chicas del pueblo con los modelitos de falda y suéter de Bobbie Brooks conjuntados en beige o rosa. Medgar Biddle, que fue una vez mi novio de tres semanas, incluyendo el baile de vuelta a clase, decía que me vestía como una prueba de la vista. Me imaginé que se refería a las pruebas que te hacen para entrar en el ejército para ver si eres daltónico, no esas que empiezan con la E grandota. Me lo dijo mientras cortábamos, pero la verdad es que me sentí casi halagada. Para entonces ya había decidido que si no podía vestirme de forma elegante, lo haría de forma memorable.

Mamá se acomodó en el sillón de caña y volvió a llenar el delantal de guisantes. Mamá no era de esas que se ponen tejanos apretados para ir a los partidos de balonmano de sus hijos. No era tan joven. Ya

había pasado sus épocas locas antes de tenerme a mí, incluyendo todo un señor marido con el nombre de Foster Greer. Lo llamaron así por Stephen Foster, aquel hombre con cara dulce del libro de historia de séptimo que escribió *My Old Kentucky Home*,¹ pero veintidós años después de ponerle el nombre, la madre de Foster Greer murió, supuestamente de corazón partido. Era famoso por beber bourbon Old Grand Dad con un embudo de los de la gasolina, y siempre le había dicho a mamá que no se le ocurriera hacer la gracia de quedarse embarazada. Mamá dice que cambiar a Foster por mí fue el mejor trato que jamás se hubiera hecho desde que Jackson compró Tennessee occidental a los indios y le puso su nombre.

Ella abría tres vainas de guisantes por cada una que abría yo. Sacaba el hilito rizado del extremo de cada vaina con una rotación de la muñeca derecha y soltaba los guisantes con un gesto del pulgar.

—A mi modo de ver —dijo—, una persona no es más que un espantapájaros. Tú, yo, Earl Wickentot, el presidente de Estados Unidos y hasta Dios todopoderoso, por lo que a mí respecta. La única diferencia entre el que se aguanta bien tieso y el que se lleva el viento es el tipo de palo que los aguanta.

No abrí la boca durante un rato, y luego le dije que le pediría el trabajo al señor Walter.

No se oía nada más que la cortadora de heno de Henry Biddle en su parcela, un poco más abajo en nuestra calle, y el chasquido de los guisantes al abrirse para sacar a la luz sus frutos.

Ella dijo: «¿Entonces qué? ¿Y si no sabe que vales para el trabajo?».

Y yo dije: «Se lo diré. Si no se lo ha dado ya a una *Candy Stripper*».

Mamá sonrió y dijo: «Incluso si se lo ha dado».

Pero no lo había hecho. Tras dos días sin oír hablar del tema, me quedé después de clase y le dije que si no se había decidido todavía

1. Himno extraoficial del estado. (*N. de la T.*)

podía darme a mí el trabajo, porque seguro que lo haría muy bien. Me había portado como es debido todo este tiempo, le dije, y no era mi intención que mis esfuerzos se fueran al traste por el simple hecho de que ya me iba a graduar. Y él dijo que de acuerdo, que se lo diría a Lynda, y que tenía que subir al hospital el lunes por la tarde y ella me diría lo que tenía que hacer.

Esperaba tener que pelear un poco más, y cuando la conversación se fue por esos derroteros, tuve que pararme un minuto para pensar en qué más decir. Casi seguro que aquellas uñas tenían que ser las más limpias de todo el condado de Pittman.

Le pregunté que cómo era que me daba a mí el trabajo. Respondió que porque fui la primera que lo pidió. Así de fácil. Cuando pienso en todo el tiempo y el esfuerzo que las chicas de la escuela dedicaban a soñar en quedarse después de clase para hacerle una propuesta a Hughes Walter... Y yo fui la única que se la hizo. Aunque, claro, también era más cuestión de hacer la propuesta adecuada.

Resultó que yo trabajaría principalmente para Eddie Rickett, que estaba a cargo del laboratorio —eso significaba sangre y pipí y unas cuantas cosas peores, pero de las que no pensaba quejarme— y de los rayos X. Eddie era una cosa toda pecosa, no muy viejo, pero lo justo para que todo el mundo notara que no se había casado. Y Eddie era de esos tipos a los que a nadie se le ocurriría preguntarle por qué.

No me trataba como la pelota del profe ni como algo que le hubie-
ra tocado en la tómbola, cosa que a mí me iba muy bien. Con Eddie no había lugar para chorradas: yo estaba allí para trabajar, y eso era lo que hacía. El laboratorio y los rayos X estaban en dos cuartos comunicados, con gente siempre entrando y saliendo por las puertas giratorias con las manos llenas y los zapatos chirriando sobre el linóleo negro. No tardé mucho en ser una más de ellos que rellenaba los papeles en el lugar correspondiente y llevaba residuos humanos sin mover una pestaña.

Aprendí cosas. Aprendí a mirar por el microscopio las plaquetas de la sangre, aunque no tienen forma de placa sino de pequeños guantes de béisbol, y a contarlas dentro de los cuadraditos. Era algo que estoy segurísima de que te dejaría ciego si lo hicieras durante mucho tiempo, pero por suerte no había tanta gente en el condado de Pittman que necesitara contarse las plaquetas cada dos por tres.

No hacía ni una semana que estaba allí cuando se armó una de mil demonios. Era sábado. Unos celadores vinieron de urgencias gritándole a Eddie que se preparase para un buen caos en rayos X. Un par de Hardbines, dijeron de la misma forma que siempre hablaban de ellos. Eddie les preguntó que cuánta prisa había y si les hacía falta gente para mantenerlos quietos, y dijeron que mitad y mitad, que uno venía caliente y el otro frío.

No tuve tiempo de pensar qué significaba aquello antes de que introdujeran a Jolene Shanks, o Hardbine, mejor dicho, en una silla de ruedas, y detrás de ella venía una camilla que aparcaron en el pasillo. Jolene tenía el aspecto de esa parte de la película que una no quiere mirar. Una lengua de sangre le bajaba desde el hombro derecho hasta el pecho, y no le quedaba color en los labios ni en la cara, una cara grande como si la hubieran recortado de una masa blanca. Sin embargo, seguía peleando y diciendo tacos, a años luz de estar muerta. Cuando la cogí de la muñeca para ayudarla a salir de la silla, se me desprendió bajo los dedos como una manga llena de cables. Aún le estaba gritando a Newt «No lo hagas», y cosas así. «Venga, mata a tu padre si quieres, me importa una mierda, él tiene toda la culpa, ni tú ni yo.» Luego se quedaba quieta un minuto y volvía a empezar. Yo me preguntaba qué tenía qué ver en esto el padre de Newt.

Dijeron que habían llamado al doctor Finchler y que venía de camino, pero que la enfermera MacCullers la había examinado y no era tan grave como parecía. Habían detenido la hemorragia, pero necesitarían rayos X para ver dónde estaba la bala y si había roto algo a la entra-

da. Miré a Eddie, con ganas de saber cómo iba a sacarla de la blusa y del sostén y meterla en el camisón, y no podía dejar de imaginar manchas de sangre por toda la creación, supongo que por haberme criado digamos que en el sector de la limpieza. Pero Eddie dijo que no, que mejor no menearla tanto. El doctor tendría que apañárselas para examinarla entre corchetes y cierres automáticos.

—Por suerte para ti, tenía malísima puntería —le decía Eddie a Jolene mientras le extendía el brazo sobre la mesa, y yo pensé que no era muy educado dadas las circunstancias, pero así era Eddie. Yo la sujetaba por los codos e intentaba no hacerle más daño del que ya le habían hecho, pero la pobrecilla estaba histérica y no me dejaba, y no había manera de que callase. Me imaginé a mí misma con el delantal de plomo, de pie aguantando a Jolene, y la imagen era exactamente ésta: un carnicero sujetando a una ternera a punto de convertirse en bistec.

Después, Eddie dijo que habíamos acabado, que la pusiera en el cuarto de al lado hasta que viera si habían salido bien las radiografías; tendríamos que repetir las si se había movido. Luego pidió a gritos que le trajeran al otro, y dos tipos trajeron la larga camilla con la sábana encima y lo levantaron hasta la mesa como una comida servida en una gran bandeja. Me quedé allí como una pasmada hasta que Eddie me gritó que fuera a cuidar de Jolene, que no me necesitaba para sujetar a éste, porque seguro que no se iría a ninguna parte. «Sólo otra bonita foto para la oficina del coronel», dijo Eddie, pero yo no podía dejar de mirarlo. Quizás soy un poco retrasada. No entendí hasta aquel preciso momento que el que estaba bajo aquella sábana era Newt.

En la habitación contigua había una camilla preparada para Jolene, pero no hubo manera de que se subiera a ella. Se sentó en uno de los asientos de madera abatibles que estaban fijados a la pared y se quedó allí gimoteando y diciendo: «Gracias a Dios que el bebé estaba con

mamá», y «¿qué voy a hacer ahora?» Llevaba una blusa rosa suelta, de esas que igual puedes ponerte tanto si estás embarazada como si no. Por lo que sé, en aquel momento no lo estaba. Tenía unas aberturas en los hombros y lazos en las mangas, aunque obviamente ahora estaba hecha unos zorros.

Jolene era una chica grandota con cara de pan, y siempre pensé que parecía de las que habría buscado quedarse embarazada sólo para demostrar que no necesitaba ser una animadora para resultar ligera de cascos. El problema es que eso no te lleva muy lejos, igual que un niño montado en bici sin manos y sin pies que vocifera como un loco para que lo mire su madre. La madre no va a mirar hasta que se estampe contra algo y se abra la cabeza.

Jolene y yo nunca fuimos amigas ni nada; ella iba un curso o dos antes que yo cuando lo dejó, pero supongo que cuando te acaban de disparar y tu marido está muerto buscas un amigo en cualquiera que esté al lado para que te dé un Tylenol con codeína. Empezó a contarme que todo fue culpa del padre de Newt, que les había pegado a él y a ella, e incluso al niño, con el cubo del carbón. No podía imaginar cómo un anciano medio muerto pudo haberle pegado a Newt, que tenía la constitución de un buey. Pero también hay que entender que vivían todos juntos en la misma casa y que ésta era muy pequeña. Y, claro, el viejo no oía, así que menuda vida llevarían. Mucha conversación no podía haber.

No recuerdo lo que le dije, simplemente «ajá», más que nada, y «todo va a ir bien». Y ella no paraba de decir que no sabía qué iba a pasar ahora con ella y el bebé y que «el viejo Hardbine, ¡ay Señor!, en buena se ha metido».

Sé que quizás no fue muy amable de mi parte, pero en algún momento llegué a preguntarle: «Jolene, ¿por qué Newt?». Estaba desplomada sobre la silla y se balanceaba, aguantándose el hombro herido y mirándose los pies. Parecía que no podía abrir los ojos del todo.

Y lo que dijo fue: «¿Por qué no? Mi padre me había estado llamando zorra desde que tenía trece años, así que ¿por qué cojones evitarlo? Fue Newt como pudo haber sido cualquier otro. Ya sabes cómo es eso».

Le dije que no, que no lo sabía, porque no tenía padre. Que en ese sentido tenía suerte. Y ella dijo que sí.

Cuando todo acabó me parecía que ya tenía que haber anochecido, como si este tipo de cosas no pudieran suceder a plena luz del día. Pero era pleno mediodía, quedaba una tarde entera por delante y todos andábamos por allí haciendo nuestras tareas como si nada hubiera pasado. Fui al baño y devolví un par de veces; luego volví y me puse a mirar por el microscopio los pequeños guantes de béisbol y a contar los de un mismo cuadrado una y otra vez, toda la tarde. Nadie me dijo nada. Desde luego, la mujer que dio esa sangre sacó buen partido de su dinero.

Quería que mamá estuviera en casa cuando llegase para poder berrear hasta la afonía y decirle que dejaba el trabajo. Pero no estaba, y para cuando llegó con la bolsa de la compra y una cesta de una fanega de ropa para planchar el fin de semana ya prácticamente se me había pasado. Se lo conté todo, incluso lo de la blusa rosa con lazos de Jolene y lo de la sangre y todo, y, por supuesto, lo de Newt, y luego le dije que probablemente ya había visto lo peor que podía ver en aquel lugar, así que ya no tenía sentido dejar el trabajo.

Me dio un abrazo de lo más grande y me dijo: «Missy, nunca he conocido a nadie como tú». No hablamos mucho más del tema, pero me sentía mucho mejor con ella allí, las dos pululando por la cocina cocinando verduras y huevos para la cena mientras por fin anochecía.

Lo que tenía mamá eran dos cosas. Una es que siempre esperaba lo mejor de mí. La otra es que después, hiciera lo que hiciera, trajera a casa lo que trajera, actuaba como si hubiera colgado la Luna en el cielo y hubiera enchufado todas las estrellas. Como si yo fuera así de maravillosa.

Seguí en aquel trabajo. Me quedé allí más de cinco años y medio y conté más plaquetas de las que te puedas imaginar. Se diría que en todo aquel tiempo no hice mucho más que entretener a mamá y salir de forma intermitente con Sparky Pike —a quien muchos consideraban un partido de primera categoría porque tenía trabajo fijo haciendo las lecturas de los contadores del gas— hasta que me harté de oír que fulanita o menganita se tumbaba en el patio posterior al lado del contador vestida con esto o lo otro (o vestida sólo con esto o lo otro) en verano.

Pero yo tenía un plan. En nuestra época de instituto, la idea general de divertirse era pintar «Promoción del 75» en el depósito de agua, o coger la cabra de un granjero y atarla allí arriba por Halloween, pero por entonces yo tenía unas intenciones muy serias. En mis primeros años en el hospital del condado de Pittman pude ayudar a mamá con el alquiler y las facturas, y aun me apañé para ahorrar unos doscientos dólares. Con casi todo ese dinero me compré un coche, un escarabajo Volkswagen que no se podía decir que tuviera ventanillas ni asiento trasero ni un buen arranque. Pero cuando le pillabas el truco no era difícil arrancarlo empujando, con el pie contrario en el embrague y el otro afuera, especialmente si aparcabas cuesta abajo, que en aquella parte de Kentucky era algo prácticamente inevitable. Mi intención era largarme del condado de Pittman en aquel coche un día y no mirar nunca atrás, exceptuando quizás para ir en busca de mamá.

El día que lo traje a casa, ella supo que iba a marcharme. Le echó un vistazo y dijo: «Bueno, si te empeñas en agenciarte un coche viejo, vas a aprender a conducir un coche viejo». Supongo que se refería a que sabría qué hacer con los problemas que se me iban a presentar, porque se quedó plantada en la carretera con los brazos cruzados observando mientras yo quitaba los cuatro neumáticos y los volvía a colocar.

—Muy bien, Missy —dijo—. Vas a irte tarde o temprano, y espero que la última cosa que vea al marcharte sea tu trasero —siguió—. ¿Y qué haces si deajo escapar el aire del neumático delantero? —cosa que procedió a hacer. Le respondí:

—Eso es fácil: pongo el de repuesto —cosa que, aunque no lo creáis, sí tenía aquel coche.

Entonces soltó el aire de un neumático trasero también y dijo:

—¿Y ahora qué? —Evidentemente, mamá se había encontrado con una tesitura de este calibre en algún momento de su vida con Foster y un viejo Oldsmobile, y quería estar segura de que yo estaba preparada.

Pensé y luego dije:

—Tengo una bomba de bici vieja. Puedo meterle el aire suficiente para llegar hasta el garaje de Norman Strick y acabar de llenarlo.

Mamá se quedó allí con los brazos cruzados, y comprendí que ni ella ni Dios ni nadie lo iba a hacer por mí, así que cerré los ojos y empecé a darle a la bomba con todas mis fuerzas.

Mamá no había estado presente aquel día. No podía saber que lo que yo veía tras los ojos cerrados era al padre de Newt Hardbine volando por los aires a cámara lenta, como un pescado brincando fuera del agua. Y a Newt allí tendido como una lubina recién pescada.

Cuando crucé la frontera del condado de Pittman, me prometí dos cosas. Una la cumplí, la otra, no.

La primera era que me iba a buscar un nombre nuevo. No estaba muy satisfecha con ninguno de los nombres que me habían puesto hasta entonces, y ése parecía un buen momento para cortar por lo sano. No había pensado en ningún nombre en especial, simplemente quería un cambio. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que un nombre no era algo que una debiera elegir, sino que es algo que te viene dado más o menos por casualidad. Decidí dejar que el depósi-

to de gasolina decidiera. Cuando me quedara sin gasolina, buscaría una señal.

Estuve muy cerca de llamarme Homer, Illinois, pero seguí dándole al acelerador. Crucé los dedos mientras pasaba por Sidney, Sadorus, Cerro Gordo, Decatur y Blue Mound y llegué como pude a Taylorville, echando humo. Así que soy Taylor Greer. Supongo que se puede argumentar que algo tuve que ver en la elección del nombre, pero creo que la dosis de destino que había entrado en juego era ya bastante satisfactoria.

La segunda promesa, la que no cumplí, tenía que ver con dónde me quedaría. Había mirado unos mapas, pero como jamás había salido de Kentucky, que yo recordara (evidentemente, nací al otro lado del río, en Cincinnati, pero eso no cuenta), no había forma de saber por qué o de qué forma un lugar iba a ser preferible al otro. Claro, eso sin contar las fotos de los folletos de las gasolineras: Tennessee decía ser el Estado de los Voluntarios, y Missouri, el Estado «Enséñame», ellos sabrán lo que significa, y casi todos los sitios parecían tener señoras con peinados de los años cincuenta de pie al lado de unas cataratas. Naturalmente, no me fiaba un pelo de esos folletos. Después de todo, incluso Pittman había sido elegida una vez la Mejor Ciudad de Kentucky; ignoro todavía en qué se basaron. En la abundancia de escarabajos de la patata y habladurías, quizás. La gente tenía el vicio de alardear por un tubo sin razón de peso alguna.

Así que lo que me prometí era que conduciría hacia el oeste hasta que el coche dejase de funcionar y allí me quedaría. Pero había algunas cosas que no había tenido en cuenta. Mamá me lo había enseñado todo sobre los neumáticos y muchas más cosas, pero no tenía ni idea de ejes de balancín. Y tampoco sabía nada de las Grandes Llanuras.

Sólo verlas me llenó de desesperación. Me dirigí hacia el sur desde Wichita, Kansas, pensando que igual encontraría una manera de

rodearlas, pero no fue así. Me encontré con Oklahoma central. Nunca hubiera imaginado que parte alguna de una tierra redonda podía ser tan plana. En Kentucky tu vista no podía llegar muy lejos: siempre había alguna montaña que te la bloqueaba, y al menos esto te daba la oportunidad de imaginar que algo bueno podía esconderse tras la siguiente colina. Pero en aquellas llanuras, todo lo que había que ver estaba expuesto delante de ti, y ya podías mirar a la lejanía, que no iba a mejorar. Oklahoma hizo que sintiera que no había nada que esperar.

Mi coche se escacharró en medio de un gran vacío que, según las señales de la carretera, era propiedad de la tribu cherokee. De repente, el volante dejó de tener relación alguna con la dirección del coche. Y gracias a algún tipo de milagro que de buen seguro aún no me merecía, me apañé para salir de la carretera tambaleándome y encontrar una estación de servicio.

El hombre que me arregló el eje del balancín se llamaba Bob Two Two. No es que lo que me pidió fuera mucho —lo podría haber arreglado yo misma—, pero se fue a casa aquella noche con el bolsillo lleno de casi la mitad de todo mi dinero. Me senté en el aparcamiento mirando aquel trozo de nada dejado de la mano de Dios y nunca en la vida he estado más cerca de abandonar y enterrarme en vida.

Pero no tenía sentido. El coche estaba arreglado.

Era para reírse, la verdad. Toda mi vida, mamá había hablado de la nación cherokee como si fuera nuestro as en la manga. Ella tenía un abuelo que era cherokee puro, uno de los pocos que se quedaron en Tennessee porque era demasiado viejo o demasiado quisquilloso para que lo llevaran andando hacia Oklahoma. Mamá solía decir: «Si algún día nos quedamos sin nada por desgracia, siempre podemos irnos a vivir a la nación cherokee». Las dos teníamos una proporción suficiente de sangre cherokee para reclamar el derecho. Según mamá, aunque tengas sólo la octava parte, ya te aceptan. Desde luego, si

hubiera estado allí alguna vez, hubiera sabido que era un sitio al que no irías a menos que algún tipo de arma mortal te estuviera apuntando al trasero. Estaba claro que el único propósito de traer aquí a los cherokee era que no tuvieran otra opción que tumbarse y morir-se sin rechistar. Los cherokee creían que Dios estaba en los árboles. Esto me dijo mamá. Cuando era niña solía encaramarme en un árbol tan arriba como podía y no volvía hasta la hora de cenar.

—Es tu sangre india —decía ella—. Estás tratando de ver a Dios.

Y, por lo que se veía, no había un solo árbol en todo el estado de Oklahoma.

El Sol se desplazaba rápidamente hacia el horizonte plano, y después no tendría ante mí más que la luz de los faros durante doce horas. Tenía que salir pitando de allí. El motor todavía funcionaba, gracias a los cables de la batería de Bob Two Two, y no podía desperdiciar un buen arranque, pero estaba cansada y no quería empezar a conducir una noche entera sin tomar un café y comer algo. Así que atravesé con el coche el gran trozo terroso que separaba el garaje de otro edificio pequeño con forma de ladrillo que tenía un letrero de neón de Budweiser en la ventana.

Cuando di la vuelta hacia la parte delantera, un enjambre de niños pequeños se arremolinó sobre el coche como abejas sobre un oso.

—Le lavamos ventanillas, señora —decían—. Un dólar por el coche entero.

—No tengo ventanillas —les dije, y pasé la mano por la ventanilla de un lado para mostrárselo—. ¿Veis? Solo tengo parabrisas. Una suerte, porque tampoco tengo un dólar.

Los chicos rodeaban el coche metiendo las manos por todos los huecos de las ventanillas una y otra vez. Me lo pensé dos veces antes de dejar mis cosas en el coche mientras iba al restaurante. No tenía nada que valiera la pena robar, pero también era todo lo que tenía.

Les pregunté:

—A ver, chicos ¿vivís por aquí?

Se miraron los unos a los otros.

—Sí —dijo uno de ellos—. Él sí. Es mi hermano. Esos dos, no.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la memoria Polaroid?

El mayor asintió. Los demás solo miraban fijamente.

—Bueno, pues ése es el tipo de memoria que tengo —les dije—. Igualita que una cámara. Mi memoria acaba de tomar una foto de vuestras caras, así que no cojáis nada del coche, ¿de acuerdo? Como cojáis algo, os la cargáis.

Los chiquillos se apartaron del coche, frotándose las manos en los pantalones, como para limpiarlas de cualquier cosa que hubieran imaginado que iban a agarrar.

Después del frío de la noche, el aire caliente del interior del bar daba la impresión de que podías atravesarlo a nado. Cerca de la puerta había un expositor de postales. Algunas eran de indios en posturas acartonadas, pero la mayoría eran fotos aéreas de la Universidad Oral Roberts, que por lo visto estaba por allí —aunque estoy bastante segura de que si hubiera estado en un radio de trescientos kilómetros la habría visto desde el aparcamiento.

Cogí una con dos mujeres indias, una mayor y otra más joven, muy bonita, las dos juntas al lado de un artilugio para moler maíz. A menudo me había preguntado qué octava parte de mí sería la cherokee, y en esta foto empezaba a verlo. El pelo largo y lacio y los finos huesos de la muñeca. La mujer más joven iba vestida de mis dos colores favoritos: turquesa y rojo. En esta postal le escribiría a mamá: «Éstas somos nosotras».

Me senté al mostrador y le di al hombre una moneda de diez centavos por la postal. Asentí cuando me señaló la cafetera, y me llenó la taza. En la máquina de discos sonaba Kenny Rogers, y la tele de detrás del mostrador estaba encendida, pero sin sonido. Había una especie de programa sobre, o desde, la Universidad Oral Roberts,

que reconocía por las postales. Con frecuencia aparecía un hombre con manos regordetas y limpias y una cresta de pelo como la de un pájaro carpintero que hablaba sin parar y sin sonido. Supuse que sería el mismísimo Oral Roberts, aunque por supuesto no estoy segura de que fuera él. De vez en cuando pasaba por la parte inferior de la pantalla una frase en azul. A veces daba un número de teléfono, y otras sólo decía «Alabado sea el Señor». Le escribí la postal a mamá. «El abuelo estaba en lo cierto», le dije. «No te lo tomes a mal, pero la nación cherokee es una porquería. Sigo hacia el oeste. Te quiere, M.» No me sentía todavía cómoda para firmar como Taylor.

El lugar estaba desierto, exceptuando a dos hombres que había en la barra, un tipo blanco y un indio. Ambos llevaban sombreros de vaquero. Recuerdo que me dije: «supongo que ahora los indios pueden ser vaqueros, aunque probablemente no viceversa». El hombre indio llevaba un sombrero marrón, y su cara fina y morena me recordaba a un águila, aunque la verdad tampoco es que hubiera visto jamás un águila de verdad. Estaba entre joven y no tan joven. Intenté imaginarme a mi abuelo con una nariz así y una barbilla tan fina y suave. El otro hombre, el del sombrero gris, daba la impresión de tener una vena cruel. Siempre se nota si un tipo es de los que busca problemas. Estaban bebiendo cerveza y mirando a Oral en la tele y, muy de vez en cuando, se decían algo en voz baja. Puede que fueran por la segunda o la tercera cerveza, o también podían haber estado bebiendo desde el amanecer—con algunos no se sabe hasta que es demasiado tarde. Intenté recordar dónde estaba yo al amanecer de aquel día. Estaba en San Luis, Missouri, donde tienen esa cosa gigante de McDonald's que domina toda la ciudad, pero me parecía que no podía ser. Parecía que había pasado un siglo.

—¿Tiene algo de comer por menos de un dólar? —le pregunté al viejo que estaba detrás de la barra.

Se cruzó de brazos y se me quedó mirando cosa de un minuto, como si nadie le hubiera hecho esa pregunta en la vida.

—Ketchup —dijo el vaquero del sombrero gris—. Earl sirve un ketchup de muerte, ¿no, Earl?—. Y mandó patinando la botella de ketchup por el mostrador con tanta fuerza que chocó con mi taza y derramó seguramente unos cinco centavos de café.

—¿Te parece gracioso que una esté sin blanca? —le pregunté. Le devolví la botella y le dio a la jarra de cerveza de pleno, aunque no se derramó. Él me miró y luego volvió a mirar la tele, como si no valiera la pena perder el tiempo conmigo. Me entraron ganas de hacerlo picadillo.

—No le haga ni caso, señorita —me dijo Earl—. Le habrá picado algún bicho en el culo. Le puedo poner una hamburguesa por noventa y nueve centavos.

—Vale —le dije a Earl.

Pasaron puede que diez o quince minutos antes de que llegase la comida, y me mantenía despierta intentando adivinar qué estaba diciendo el hombre de manos gorditas en la pantalla del televisor. Al local de Earl no le hubiera venido mal un golpe de estropajo. Por la puerta abierta se veía la cocina, y la grasa negra en la parte de atrás de los fogones daba la impresión de haber estado allí desde el principio de los tiempos. El aire estaba tan caliente y rancio que tenía que respirarlo dos veces para sacar algo de oxígeno. El café no me ayudó a despertar. Y la comida vino cuando estaba a punto de salir a tomar el aire.

Me fijé en que había otra mujer en el bar, sentada en una de las mesas de atrás. Era una mujer redonda, no muy vieja, envuelta en una manta. No una manta india, sino una manta de lana lisa color rosa con una banda de satén cosida en el borde, exactamente como una que mamá y yo teníamos en casa. El pelo le caía por los hombros en un par de trenzas delgadas y sin vida. No comía ni bebía, pero a

menudo levantaba la vista hacia los dos hombres, o quizás sólo hacia uno, no estaba segura. La forma en que los miraba me hizo sentir que si me lo pensara dos veces tendría miedo.

La hamburguesa de noventa y nueve centavos de Earl me revivió un poco, aunque aún me sentía como si me hubieran rellenado la cabeza con esa cosa blanca y esponjosa que usan para los salvavidas. Me imaginaba que si salía afuera el viento me esparciría. Flotaría hacia arriba sobre la llanura plana y oscura, como la pelusa plateada de la mata de la seda.

Para distraerme, leí todos los letreros de las paredes, uno a uno, que decían cosas como: NO PUEDEN DESPEDIRME; A LOS ESCLAVOS HAY QUE VENDERLOS o EN CASO DE INCENDIO, GRITEN ¡FUEGO! La tele seguía diciendo ALABADO SEA EL SEÑOR. 1-800-EL.SEÑOR. Intenté concentrarme en mantenerme de una pieza, aunque la pieza dejara mucho que desear. Luego salí. El aire era frío y me lo bebí demasiado rápido, hasta tal punto que me mareé un poco. Me senté con las manos sobre el volante unos minutos intentando ponerme de humor para conducir toda la noche a través de Oklahoma.

Pegué un salto cuando ella dio unos golpecitos en el parabrisas. Era la mujer redonda de la manta.

—No, gracias —dije. Creía que quería lavarme el parabrisas, pero lo que hizo fue dar la vuelta y abrir la puerta del otro lado.

—¿Necesita que la lleve a alguna parte? —le pregunté.

Su cuerpo, su cara y sus ojos, todo era redondo. Podrías haberla dibujado entera sólo repasando las siluetas de monedas de diez y veinticinco centavos y de tapas de botes. Abrió la manta y sacó algo que estaba vivo. Era un niño. Le envolvió la manta con muchas vueltas hasta que se convirtió en un bulto redondo con cabeza. Entonces colocó ese bulto en el asiento del coche.

—Llévese este bebé —dijo.

No era un bebé exactamente. Probablemente tenía ya edad de cami-

nar, pero tampoco era tan grande como para que se hiciera difícil llevarlo en brazos. Era una cosa como entre un bebé y una persona.

—¿Adónde quiere que lo lleve?

Miró hacia el bar, y luego me miró a mí.

—Lléveselo.

Esperé un minuto, pensando que pronto se me despejaría la mente y entendería lo que quería decir. Pero no fue así. El bebé tenía exactamente los mismos ojos redondos. Esos cuatro ojos estaban allí suspendidos en la oscuridad, colgando ante mí, esperando. El letrero de Budweiser parpadeaba, encendido, apagado, emitiendo una luz débil que hacía que sus ojos parecieran anaranjados.

—¿Es hijo suyo?

Dijo que no con la cabeza:

—De mi hermana, que se murió.

—¿Está diciendo que me quiere dar esta criatura?

—Sí.

—Si quisiera un bebé, me habría quedado en Kentucky —la informé—. A estas horas ya tendría bebés saliéndome por las orejas.

Del bar salió un hombre, no sabría decirte si de sombrero gris o marrón, porque tenía el coche aparcado no muy cerca de la puerta. Se subió a una camioneta, pero no la arrancó ni encendió las luces.

—¿Es ése su hombre, el del bar? —le pregunté.

—No vuelva a entrar. No le voy a decir por qué, pero no entre.

—Mire —le dije—, incluso si quisiera, no podría regalarle el bebé a nadie. Tiene que tener los papeles y todo eso. Incluso los coches tienen papeles que prueban que no los hemos robado.

—Este bebé no tiene papeles. No hay nadie que sepa que está vivo, ni a nadie le importa. Nadie de importancia, como la policía ni nada por el estilo. Nació en un Plymouth.

—Bueno, pero no ha sido esta mañana —le dije—. Plymouth o Volkswagen, esta criatura ha estado en el mundo el tiempo suficien-

te como para que alguien se dé cuenta. —Tenía la turbia noción de que no estaba dándole a esta mujer los argumentos que necesitaba. Así no iba a conseguir que me entendiera.

Puso las manos en lo que serían los hombros del crío, bajo toda esa manta, y lo empujó con cuidado hacia el respaldo del asiento, como esforzándose para que fuera su lugar natural. Se quedó mirándolo un largo rato. Luego cerró la puerta y empezó a caminar.

Mientras la observaba, pensé que en realidad no era redonda. Sin el bebé y la manta, la figura de una mujer muy delgada se alejaba del coche.

Agarré el volante y me clavé las uñas en las palmas, pensando que igual así obligaba al cerebro a despertarse y podía pensar qué hacer. Mientras estaba pensando, la mujer se subió a la camioneta, que arrancó y se marchó sin encender las luces. Me pregunté si habría alguna razón, o si simplemente no tenía faros.

—Alabado sea el Señor —dije en alto—. Al menos mi coche tiene faros.

Pensé: «Podría llevar al crío indio al bar y dárselo a Earl o a quienquiera que quede. Lo dejo en el mostrador, con la sal y la pimienta, y me largo echando leches. O puedo buscar un sitio para dormir y pensar qué puedo hacer por la mañana».

Mientras me decidía, las luces del bar parpadearon y se apagaron. El cartel de Budweiser dejó de pestañear por fin. Otra camioneta dio la vuelta en el aparcamiento de grava y salió en dirección a la autopista.

Me costó todas las fuerzas que me quedaban arrancar el coche empujando. Naturalmente, en Oklahoma no había encontrado una cuesta para aparcar.

—¡Mierda! —dije—. ¡La madre que lo parió! —Empujé todo lo que pude, salté adentro y le di al embrague, salté afuera y empujé un poco más. Veía los ojos de la criatura que me observaban en la oscuridad.

—No soy tan idiota como crees —dije—. Es mucho más fácil en Kentucky.

Mi coche de hecho no tiene forma de contar los kilómetros, pero creo que habríamos hecho unos ochenta o más antes de llegar a una población. Empezaba a hacer frío, sin cristales, y el pobre crío debía de estar helado, pero no decía ni pío.

—¿Sabes hablar? —dije, preguntándome si quizás hablaba una lengua que no fuera inglés—. ¿Qué voy a hacer contigo esta noche? —dije—. ¿Qué comes?

Creo que los sitios planos son más silenciosos que los accidentados. El sonido de los coches en la autopista parecía absorberse directamente y propulsarse a los campos desiertos en los que no había nada, ni siquiera un mal granero, que evitase que siguiera retumbando hasta el infinito toda la noche. Empezaba a pensar que si abría la boca no podría emitir sonido alguno. Murmuré para mí, sólo para que un sonido humano llegara a mis oídos. En aquel momento hubiera pagado lo que no tenía por una radio. Hasta hubiera escuchado a Oral Roberts. Le hablaba al pobre crío, atónito, para mantenerme despierta, aunque con cada kilómetro que recorría me sentía menos dormida y más preocupada por el hecho de que estaba haciendo algo realmente extraño.

Pasamos ante una señal que decía que quedaba un número equis de kilómetros hasta el Museo de la Mujer Pionera. Estupendo, pensé, ahora sí que estamos salvadas.

—¿Eres chico o chica? —pregunté a la criatura. Llevaba un corte de pelo hecho con tazón, como esas fotos de niños chinos. Él o ella no dijo nada. Supuse que tarde o temprano lo averiguaría.

Después de un rato empecé a preguntarme si estaría muerto. Quizás la mujer llevaba un hijo muerto, asesinado o algo por el estilo, y lo había puesto en mi coche, y yo iba conduciendo y hablán-

dole como si nada. Había leído una historia en la clase de inglés del último año sobre una mujer que durmió con su marido muerto durante cuarenta años. Era básicamente la misma idea que el tío de *Psicosis*, sólo que en la película Norman Bates era taxidermista y sabía cómo conservar a su madre para que no se pudriera del todo. Los indios a veces sabían conservar a los muertos. Había leído algo sobre momias indias en el Oeste. Las encontraban en cuevas. Me dije que tenía que calmarme. Recordé que el bebé tenía los ojos abiertos cuando ella lo puso en el asiento. Pero, bien mirado, ¿y qué si tenía los ojos abiertos? ¿Había pestañado? ¿Cuál sería la pena por cruzar las fronteras estatales con un niño indio muerto en el coche?

Un ratito más tarde noté un olor a lana húmeda.

—Cielo santo —dije—, está claro que aún resistes.

Mi plan era dormir en el coche; pero ,desde luego, mi plan no incluía un chiquillo helado y húmedo.

—Tenemos un problema, ¿sabes? —dije—. En la próxima cabina que encuentre voy a tener que llamar al 1-800-EL.SENOR.

Y la siguiente cabina que encontramos, de hecho, estaba fuera del Mustang Motel. Conduje despacio para poder echarle un vistazo al lugar, pero el tío de la oficina no parecía muy prometedor.

Había tres o cuatro moteles bastante seguidos, con sus pequeñas oficinas con fachadas de vidrio que alumbraban la autovía como pantallas de televisor. Algunas estaban vacías. En la oficina del Broken Arrow había una señora de pelo canoso. Bingo.

Aparqué bajo la señal de neón con forma de flecha rosa que se rompía y se volvía a juntar sin descanso y entré en la oficina.

—Hola —le dije a la señora—. Buenas noches, aunque un poco frías, la verdad.

Era más mayor de lo que parecía desde afuera. Las manos le temblaban cuando las levantaba del mostrador, y la cabeza le temblaba

todo el rato, sólo un poco, como si estuviera tratando de decir «no» disimuladamente a alguien que estuviera detrás de mí.

Pero no era eso, era sólo la edad. Sonrió.

—Ya tenemos aquí el invierno —dijo.

—Sí, señora, parece que sí.

—¿Llevas mucho rato en la carretera?

—Demasiado tiempo —le dije—. Este sitio está muy bien. Es un alivio después de todo lo que he visto. ¿Es suyo el motel?

—Es de mi hijo —dijo, con la cabeza temblorosa—. Yo estoy por las noches.

—Ah, un negocio familiar.

—Bueno, algo de eso hay. Mi nuera y yo somos las que hacemos limpieza y todo eso, y mi hijo se ocupa de la parte administrativa. Trabaja en la planta de cárnicos de Ponca City. Esto es como un extra.

—¿Cree que se llenará esta noche?

Se rio.

—Ay, hermosa, esto no se llena desde cuando el presidente Truman.

—¿El presidente Truman se alojó aquí?

Me miró, con los ojos nadando bajo los gruesos cristales de las gafas como enormes renacuajos:

—¡No, hija mía, no creo; supongo que me acordaría de tal cosa!

—Parece usted muy amable —dije—, así que no me andaré por las ramas. Tengo un buen problema. En realidad, no me puedo permitir pagar una habitación, y no la molestaría si no fuera porque tengo a un bebé en el coche que está empapado y helado y a punto de coger una neumonía si no lo llevo a un sitio abrigado.

Miró hacia el coche y meneó la cabeza, pero claro, eso no me decía mucho. Entonces dijo: «Bueno, cielo, no sé qué decirte».

—Aceptaré cualquier habitación, y la limpiaré antes de irme, y por la mañana cambiaré todas las sábanas del local. O cualquier cosa que me mande. Sólo es una noche.

—Bueno —repitió—, no sé.

—Voy a por el bebé —dije—. No le importará que lo entre al pobre para que esté calentito mientras se decide.

Lo más sorprendente era la forma en que aquel crío se agarraba. Desde el momento en que lo levanté de su nido de manta húmeda, se aferró a mí con las manitas como raíces chupando de una tierra seca. Creo que hubiera sido más fácil separarme de mi propio pelo.

Probablemente fue una suerte. Estaba muy cansada y, por supuesto, no tenía costumbre de recordar en todo momento dónde había dejado un niño, y creo que si no se hubiera pegado a mí de esa forma lo hubiera perdido mientras escarbaba en el coche y llevaba las cosas a la pequeña habitación interior del Broken Arrow. De esta forma, acabé llevándolo de aquí para allá un buen rato. « Es como los especímenes del hospital —me dije—. Sólo tienes que llevar la cuenta.» Parecía que transportar sangre y pipí iba a ser mi destino en la vida.

Una vez nos instalamos, extendí la manta sobre una silla para que se secase y llené un poco la bañera.

—Lo primero que hay que hacer —dije— es darte un buen baño. Ya nos ocuparemos del resto mañana.

Recordé aquella vez que encontré un cachorro y me lo quería quedar, pero primero mamá me obligó a gastar treinta y cinco centavos por palabra para poner un anuncio en el periódico.

—¿Y si fuera tuyo? —me había dicho ella—. Piensa en cómo te gustaría recuperarlo.

El anuncio que escribí fue CACHORRO ENCONTRADO, MOTAS MARROÑES, CERCA CARRETERA MOLINO FLOYD. —Recuerdo la rabia que me dio que la carretera del molino de Floyd tuviera tres palabras importantes, un dólar y cinco centavos.

«Y —pensé—, ahora pagaría ciento cinco dólares para devolver

éste a su legítimo propietario. Pero ¿qué tipo de anuncio ponía una para averiguar si alguien había perdido un niño indio?»

Toda la ropa que llevaba el bebé era enorme, con las mangas arre-mangadas y los faldones enrollados en la cintura, y todo tan mojado como unas botas de agua y tan difícil de quitar. Tenía un cardenal como el doble de mi pulgar en el interior del brazo. Arrojé la camisa empapada al lavabo para que se remojara. Las manitas me agarraban los dedos constantemente y no los soltaban.

—¡Eh, lagartija! —dije, sacudiendo el dedo y el pequeño puño—. Eres como una tortuga de cenagal. Si una de éstas te muerde, no te suelta hasta que truena.

Apenas hube desprendido las manitas de mis dedos, se me agarraron a la camisa y al pelo. Cuando le quité los pantalones y los pañales, aparecieron más moratones.

Moratones y cosas peores.

El niño indio era una niña. Una niña, la pobre. Ese hecho ya le había marcado lo poco que llevaba de vida con un sufrimiento que no quería imaginarme. Creía que ya sabía todas las cosas horribles que una persona le puede hacer a otra, pero nunca se me había ocurrido que le hicieran cosas así a un bebé. Estaba sentada y en silencio en la bañera, mirándome, y recé para que tuviera suficiente espina dorsal para mantenerse erguida y no caerse y ahogarse, porque tenía que soltarla. Me doblé en el suelo, en la base del váter, e intenté no vomitar. El suelo era de linóleo, con un dibujo de ladrillos de goma fijados en cemento. Nada, ni siquiera Newt Hardbine ni nada que hubiera visto en mi vida, me había puesto tan enferma.

La niña estaba chapoteando como un sapo. Zarandeaba los dedos y daba palmadas en la superficie del agua, sin duda intentando agarrarse a algo.

—Toma —le dije, acercándole una toallita que tenía escrito en el

dobladillo BROKEN ARROW con rotulador indeleble. Abrazó aquella toallita y me sonrió. Lo juro, en serio.

Cuando la lavé y la sequé, la metí en la cama con una camiseta que uno de los parientes de mamá me trajo un verano del lago Kentucky. Me estaba estrecha y decía PERO MIRA QUE ESTOY BUENA. Soy delgada y plana como una modelo, y esa camiseta me quedada estupendamente, di que te lo digo yo. Era turquesa con letras rojas, y a la niña le quedaba por debajo de las rodillas.

—Estos colores te irán muy bien —dije, tratando de ponérsela por la cabeza, adormilada y sin equilibrio—. Colores indios.

Por fin tenía las manos vacías y relajadas. Se había dormido.

Saqué los sellos que había traído desde casa envueltos en papel encerado, lamí uno y lo pegué en la postal souvenir de la nación che-rokee. Añadí algo al pie:

«He encontrado nuestros derechos naturales, mamá. Se vienen conmigo.»